

— Atended, los caballeros,  
Mientras estamos armados.—  
Piden apriesa las armas,  
Suben en buenos caballos,  
Caminan para las tiendas,  
Donde yace el rey don Sancho:  
Piden que los dé licencia  
Que ellos puedan hacer campo  
Contra aquellos caballeros  
Que con soberbia han hablado.  
Allí fablára el buen Cid,  
Que es de los buenos dechado:  
— Los dos contrarios guerreros  
Non los tengo yo por malos,  
Porque en muchas lides de armas  
Su valor habian mostrado,  
Que en el cerco de Zamora  
Tuvieron con siete campo:  
El mozo mató á los dos,  
El viejo mató á los cuatro,  
Por uno que se les fuera  
Las barbas se van pelando.—  
Enojados van los condes  
De lo que el Cid ha hablado:  
El rey cuando ir los viera  
Que vuelvan está mandando;  
Otorgó cuanto pedian  
Mas por fuerza que de grado.  
Mientras los condes se arman,  
El padre al hijo está hablando:  
— Volved, fijo, hácia Zamora,  
A Zamora y sus andamios,  
Mirad dueñas y doncellas  
Como nos están mirando:  
Fijo, no miran á mí  
Porque ya soy viejo y cano,  
Mas miran á vos, mi fijo,  
Que sois mozo y esforzado.  
Si vos faceis como bueno,  
Sereis de ellas muy honrado;  
Si lo faceis de cobarde,  
Abatido y ultrajado.  
Afirmas en los estribos,  
Terciad la lanza en las manos,  
Esa adarga ante los pechos,  
Y apercebid el caballo,  
Que al que primero acomete  
Tienen por mas esforzado.—  
Apenas esto hubo dicho  
Ya los condes han llegado,  
El uno viene de negro  
Y el otro de colorado:  
Vanse unos para otros,  
Fuertes enenutos se han dado,  
Mas el que al mozo le cupo  
Derribólo del caballo,  
Y el viejo al otro de encuentro  
Pasóle de claro en claro.

El conde de que esto viera  
Huyendo sale del campo,  
Y los dos van á Zamora  
Con vitoria muy honrados.

xI. — (Anónimo.)

Guarte, guarte, rey don Sancho,  
No digas que no te aviso  
Que de dentro de Zamora  
Un alevoso ha salido:  
Llámase Vellido Dolfos,  
Hijo de Dolfos Vellido,  
Cuatro traiciones ha fecho  
Y con esta serán cinco.  
Si gran traidor fué el padre,  
Mayor traidor es el fijo.  
Gritos dan en el real,  
Que á don Sancho han mal herido:  
Muerto le ha Vellido Dolfos,  
Gran traicion ha cometido.  
Desque le tuviera muerto  
Metióse por un postigo,  
Por las calles de Zamora  
Va dando voces y gritos:  
— Tiempo era, doña Urraca,  
De cumplir lo prometido.

xII. — (Anónimo.)

Con el cuerpo que agoniza  
Despidiéndose del alma,  
Diciendo tales razones  
Que tierna lástima causan,  
El malogrado don Sancho  
A vista del cerco estaba,  
Que si lejos estuviera  
Fuera de mas importancia.  
Muerto le deja un traidor,  
Que siempre tuvo esta fama,  
Movido de su albedrio,  
Que á un traidor esto le basta,  
Por fiarse de su abrigo  
Y de su alevosa traza,  
Que quien de traidores fia  
En tales sucesos para.  
A su malograda muerte  
El famoso Cid se halla,  
Que si en vida le creyera  
Un mundo no le matára.  
Viendo el caso desastrado  
De tan notable desgracia,  
Y viendo blandir no puede  
Contra Zamora la lanza  
Por el juramento fecho  
Con que las manos le ata,  
Que aunque la razon le fuerza,  
Mira á Dios y á su palabra,

Quiere acudir al remedio,  
Y allí el remedio le falta,  
Porque aunque está allí el difunto,  
Ve que está ausente la causa.  
Unas veces se enternece,  
Otras suspira y repara,  
Otras le mira y revuelve,  
Y viéndole muerto, calla.  
Ya fia, ya desconfia  
Viendo que el hablar le falta,  
Y aunque revuelto en su sangre  
Así le dice y abraza:

— Famoso rey, que ya la tierra fria  
Triunfa de tu valor y brazo fuerte,  
De quien el mundo todo se temia  
Procurando rendido obedecerte:  
¿De qué te aprovechó tu valentía,  
Pues por tu dura y por tu avara suerte.

Vencido quedas en la tierra dura  
Con muy estraña y grave desventura?  
Miraras, rey, que al fin era tu hermana  
La que su casa y tierra defendia,  
Y la razon que el Cid, aunque liviana,  
Te dijo para el fin de esta porfia:  
Agora quedará leda y ufana  
Viendo muerto á quien tanto la ofendia,  
Tendido en esta tierra fria y dura  
Con tan estraña y grave desventura.—

Estas razones le dijo  
Y el tierno llanto le ataja,  
Y así muerto como está  
Le respeta y se avasalla.  
Meten al cuerpo en su tumba  
Para que le den mortaja,  
Dando traza en su real  
Para la justa venganza.

TERCERA PARTE

DE LOS ROMANCES DEL CID

QUE TRATA DEL RETO DE ZAMORA, Y DE SUS HAZAÑAS

HASTA QUE EMPEZÓ Á REINAR ALFONSO VI EL BRAVO.

I. — (Anónimo.) (1)

Muerto yace el rey don Sancho,  
Vellido muerto le habia:  
Pasado está de un venablo,  
Y gran lástima ponía.  
Llorando estaba sobre él  
Toda la flor de Castilla,  
Don Rodrigo de Vivar  
Es el que mas lo sentía,  
Con lágrimas de sus ojos  
Desta manera decía:  
— Rey don Sancho, señor mio,  
Muy aciago fué aquel dia  
Que tú cercaste á Zamora  
Contra la voluntad mia.  
Quien te lo aconsejó, rey,  
A Dios ni al mundo temía,  
Pues te fizo quebrantar  
La ley de caballería.—  
Y viendo el hecho en tal punto  
A grandes voces decía:

— Que se nombre un caballero  
Antes que se pase el dia  
Para retar á Zamora  
Por tan grande alevosía.—  
Todos dicen que es muy bien,  
Mas nadie al campo salía.  
Témense de Arias Gonzalo  
Y cuatro hijos que tenía,  
Mancebos de gran valor,  
De gran esfuerzo y estima.  
Mirando estaban al Cid  
Por ver si lo aceptaría,  
Y el de Vivar que lo entiende  
Desta manera decía:  
— Caballeros fijosdalgo,  
Ya sabeis que non podía  
Armarme contra Zamora,  
Que jurado lo tenía.  
Mas yo daré un caballero  
Que combata por Castilla,  
Tal, que estando él en el campo  
No sintais la falta mia.—

(1) En los romances de Sepúlveda hay uno al asunto que empieza: « Muerto es el rey don Sancho. »

Levantóse Diego Ordoñez,  
Que á los plés del rey yacia,  
La flor es de los de Lara  
Y lo mejor de Castilla,  
Con voz enojosa y ronca  
De esta manera decia :  
— Pues el Cid había jurado  
Lo que jurar no debía,  
No es menester que señale  
Quien la batalla prosiga.  
Caballeros hay en ella  
De tanto esfuerzo y valía  
Como el Cid, aunque es muy bueno  
Y yo por tal lo tenia;  
Mas si quereis, caballeros,  
Yo lidiaré la conquista  
Aventurando mi cuerpo,  
Poniendo á riesgo mi vida,  
Pues que la del buen vasallo  
Es por su rey ofrecida.

## II. — (Anónimo.) (1)

Después que Vellido Dolfos,  
Aquel traidor afamado,  
Derribó con cruda muerte  
Al valiente rey don Sancho,  
Se allegan en una tienda  
Los mayores de su campo.  
Júntase todo el real  
Como estaba alborotado  
De ver el venablo agudo  
Que á su rey ha traspasado.  
No se lo quieren sacar  
Hasta que haya confesado,  
Y ese conde don García,  
Que de Cabra era llamado,  
Viendo de tal modo al rey  
Esta manera le ha hablado :  
— ¡ O rey, en quien yo tenia  
La esperanza de mi estado!  
Véote tan mal herido  
Que remedio no he hallado  
Sino solo encomendarte  
A lo que eres obligado :  
Toma cuenta á tu conciencia  
Y mira en lo que has errado  
Contra aquel alto Señor  
Que te puso en tal estado.  
Al cuerpo no busques cura,  
Porque su tiempo es pasado,  
Ya son tus dias cumplidos,  
Ya tu plazo es allegado,

Paga lo que te obligaste  
Cuando fuiste bautizado.  
La muerte, sierva y señora,  
No te da mas largo plazo,  
No consiente apelacion  
Sino que pagues de grado :  
Cumple corar de tu alma,  
Del cuerpo no hayas cuidado. —  
Respondió en aquesto el rey,  
Todo en lágrimas bañado,  
Temblando tiene la lengua  
Y el gesto tiene mudado :  
— Bien andante seades, conde,  
Y en armas aventurado,  
En todo hablastes muy bien,  
Buen consejo me habéis dado :  
Yo bien sé cual es la causa  
Que en tal punto soy llegado  
Por pecados cometidos  
Al inmenso Dios sagrado,  
Y también fué por la jura  
Que á mi padre hube quebrado  
En cercar esta ciudad  
Que á mi hermana hobo dejado.  
A Dios encomiendo el alma;  
Pues que estoy en tel estado,  
Traedme los sacramentos,  
Porque está á muerte llegado.  
Así se salió el alma  
Y el cuerpo se le ha enfriado.  
Sus vasallos en aquesto  
A Zamora han enviado  
A aqueso don Diego Ordoñez,  
Un caballero estimado,  
A decir á los vecinos  
Como á su rey ha matado  
El falso Vellido Dolfos,  
Vasallo del rey don Sancho,  
Por lo cual desafiaba  
Al traidor de Arias Gonzalo  
Y á los zamoranos todos,  
Pues en ella se han hallado,  
Y á los panes, y á las aguas,  
Y á lo que no está criado,  
Y aun á todos los nacidos  
Que en Zamora son hallados,  
Y á los grandes y pequeños  
Aunque no sean engendrados.

## III. — (Anónimo.) (2)

Ya cabalga Diego Ordoñez,  
Del real se había salido

De dobles piezas armado  
En un caballo morcillo :  
Va á reptar los zamoranos,  
Por la muerte de su primo  
Que mató Vellido Dolfos,  
Hijo de Dolfos Vellido.  
— Yo os repto, los zamoranos,  
Por traidores fementidos,  
Repto á todos los muertos  
Y con ellos á los vivos,  
Repto hombres y mugeres,  
Los por nacer y nascidos,  
Repto á todos los grandes,  
A los grandes y á los chicos,  
A las carnes y pescados,  
Y á las aguas de los rios. —  
Allí habló Arias Gonzalo,  
Bien oireis lo que hubo dicho :  
— ¿ Qué culpa tienen los viejos?  
¿ Qué culpa tienen los niños?  
¿ Qué merecen las mugeres,  
Y los que no son nascidos?  
¿ Porqué reptas á los muertos,  
Los ganados y los rios?  
Bien sabeis vos, Diego Ordoñez,  
Muy bien lo teneis sabido,  
Que aquel que repta concejo  
Debe de lidiar con cinco. —  
Ordoñez le respondió :  
— Traidores heis todos sido. —

## IV. — (Anónimo.)

Después que retó á Zamora  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
Vengador noble y valiente  
Del rey Sancho, que Dios haya,  
Su consejo tiene junto  
En palacio doña Urraca,  
Por su hermano dolorida,  
Por su reto lastimada;  
Y como la vil envidia  
Cuanto no merece tacha,  
De la virtud enemiga  
Peligro de la privanza,  
Murmuraba maldiciente  
De Arias Gonzalo que falta,  
Sospechando falsamente  
Que es por mengua su tardanza.  
A aquellos que lo calumbian,  
Empuñando la su espada,  
Denodado les responde  
Nuño Cabeza de Vaca :  
— Aquel civil que presume  
Temor, baja ó fe mala  
De Arias Gonzalo mi tío,  
Miente, miente por la barba :  
Y el que negare el respeto

A sus venerables canas,  
A mí que las reverencia  
Me ponga la tal demanda. —  
Estando en esto, el buen viejo  
Entró grave por la sala,  
Arrastrando grande luto,  
Haciendo sus hijos plaza.  
La mano á la infanta pide,  
Mesura fizo á la infanta,  
Saludó á los homes buenos,  
Y desta suerte los fabla :  
— Noble infanta, leal consejo,  
Don Diego Ordoñez de Lara,  
Que para buen caballero  
Este apellido le basia,  
En vez del Cid don Rodrigo  
Que conjuró alianza,  
Por la pro de su rey muerto  
Con infame reto os carga.  
A vuestro cabildo vengo  
Con estos cuatro en compañía  
Ciudadanos, hijos míos,  
De Lain Calvo sangre honrada.  
Tardéme un poco en venir,  
Que pláticas no me agradan  
Cuando los negocios piden  
Obras, valor y venganza. —  
A una el viejo y sus hijos  
Los largos capuces rasgan,  
Quedando en armas lucidas,  
Lloró de nuevo la infanta,  
Los viejos graves se admiran,  
La infanta su ser alaba,  
Porque todos daban voces  
Y nadie quien lidie daba.  
Arias Gonzalo prosigue  
Diciendo : — Recibe, Urraca,  
Mis canas para consejo,  
Mis hijos para batalla :  
Dales tu mano, señora,  
Que su juventud lozana  
Será invencible, si fuere  
De tu mano real tocada.  
Honrar á la gente buena,  
Y esotra comun pagarla,  
Le cumple al rey que desca  
Domeñar fuerzas contrarias,  
Y con sangre de don Diego  
Que se quite aquella mancha  
Que á ti y á tu pueblo reta  
Con tan insufrible infamia :  
Y si esta sangre, que es buena  
Y se ha de vender muy cara,  
Faltare, su muerte honrosa  
Viva mantendrá su fama.  
Yo seré el quinto y primero  
Que volveré por la causa,  
Aunque mi vejez parezca

(1) Este mismo se halla en el *Romancero del Cid* con algunas variantes.

(2) El contenido de este romance se cita en la

parte II, cap. 27 del *Quijote*, y es al mismo asunto del que le precede.

Mocedad noble afrentada  
Al campo me voy, señor,  
No me deis por esto gracias,  
Que el buen vasallo al buen rey  
Debe hacienda, vida y fama.

## v. — (Anónimo.)

El hijo de Arias Gonzalo,  
El mancebito Pedro Arias,  
Para responder á un reto  
Velando estaba unas armas.  
Era su padre el padrino,  
La madrina doña Urraca,  
Y el obispo de Zamora  
Es el que la misa canta:  
El altar tiene compuesto,  
Y el sacristan perfumaba  
A san Jorge y san Roman,  
Y á Santiago el de España:  
Estaban sobre la mesa  
Las nuevas y frescas armas,  
Dando espejos á los ojos  
Y esfuerzo á quien las miraba.  
Salió el obispo vestido,  
Dijo la misa cantada,  
Y el arnes pieza por pieza  
Bendice, y arma á Pedro Arias.  
Enlázale el rico yelmo,  
Que como el sol relumbra,  
Relevado de mil flores,  
Cubierto de plumas blancas.  
Al armarle caballero  
Sacó el padrino la espada,  
Dándole con ella un golpe  
Le dice aquestas palabras:  
— Caballero eres, mi hijo,  
Hidalgo y de noble casta,  
Criado en buenos respetos  
Desde los pechos del ama:  
Hágate Dios tal que seas  
Como yo deseo que salgas,  
En los trabajos sufrido,  
Esforzado en las batallas,  
Espanto de tus contrarios,  
Venturoso con la espada,  
De tus amigos y gentes  
Muro, esfuerzo y esperanza:  
No te agrades de traidores  
Ni les mires á la cara,  
De quien de ti se fiare  
No le engañes, que te engañas:  
Perdona al vencido triste  
Que no puede tomar lanza,

No des lugar que tu brazo  
Rompa las medrosas armas;  
Mas en tanto que durare  
En tu contrario la saña,  
No dudes el golpe fiero  
Ni perdones la estocada:  
A Zamora te encomiendo  
Contra don Diego de Lara,  
Que nada siente de honra  
Quien no defiende su casa. —  
En el libro de la misa  
Le toma jura y palabra;  
Pedrarias dice: — Sí otorgo  
Por aquestas letras santas. —  
El padrino le dió paz,  
Y el fuerte escudo le embraza  
Y doña Urraca le ciñe  
Al lado izquierdo la espada.

## vi. — (Anónimo.) (1)

Arias Gonzalo responde  
Diciendo que han mal hablado;  
Mandan asinar varones  
Que juzguen en este caso.  
Doce salen de Zamora  
Y otros doce van del campo.  
Arias Gonzalo se armaba  
Para combatir el pacto,  
Consigno lleva cuatro hijos  
Que en el mundo Dios le ha dado;  
A todos los de Zamora  
Desta manera ha hablado:  
— Varones de gran estima,  
Los pequeños y d'estado,  
Si hay alguno entre vosotros  
Que en la muerte de don Sancho  
Y en la traición de Vellido  
Pueda encontrarse culpado,  
Digalo muy prestamente,  
De decillo no haya empacho,  
Que mas quiero irme en destierro  
Y en Africa desterrado,  
Que no en campo ser vencido  
Por alevoso y malvado. —  
Todos dicen prestamente  
Sin alguno estar callado:  
— Mal fuego nos queme, conde,  
Si en tal muerte hemos estado;  
No hay en Zamora ninguno  
Que tal hubiese mandado:  
El traidor Vellido Dolfos  
Por sí solo lo ha acordado,  
Bien podeis vos ir seguro,  
Id con Dios, Arias Gonzalo.

## vii. — (Anónimo.)

Ya se salen por la puerta,  
Por la que salía al campo,  
Arias Gonzalo y sus hijos  
Todos juntos á su lado.  
Él quiere ser el primero  
Porque en la muerte no ha estado  
De don Sancho, mas la infanta  
La batalla le ha quitado,  
Llorando de los sus ojos  
Y el cabello destrenzado:  
— ¡Ay! ruégovos por Dios, dice,  
El buen conde Arias Gonzalo,  
Que dejéis esta batalla  
Porque sois viejo y cansado,  
Dejáisme desamparado  
Y todo mi haber cercado,  
Ya sabeis como mi padre  
A vos dejó encomendado  
Que no me desampareis,  
Ende mas en tal estado. —  
En oyendo aquesto el conde  
Mostróse muy enojado:  
— Dejédesme ir, mi señora,  
Que yo estoy desafiado  
Y tengo de hacer batalla,  
Porque fui traidor llamado. —  
Con la infanta, caballeros  
Juntos al conde han rogado  
Que les deje la batalla,  
Que la tomarán de grado.  
Desde el conde vido aquesto  
Recibió pesar doblado;  
Llamára sus cuatro hijos  
Y al uno dellos ha dado  
Las sus armas y su escudo,  
El su estoque y su caballo.  
Al primero le bendice  
Porque era del muy amado,  
Pedrarias habia por nombre,  
Pedrarias el castellano.  
Por la puerta de Zamora  
Se sale fuera y armado,  
Topárase con don Diego,  
Su enemigo y su contrario:  
— Sálveos Dios, don Diego Ordoñez,  
Y él os haga prosperado,  
En las armas muy dichoso,  
De traiciones libertado:  
Ya sabeis que soy venido  
Para lo que está aplazado,  
A libertar á Zamora  
De lo que le han levantado. —

Don Diego le respondiera  
Con soberbia que ha tomado:  
— Todos juntos sois traidores,  
Por tales sereis quedados. —  
Vuelven los dos las espaldas  
Por tomar lugar del campo,  
Hiriéronse juntamente  
En los pechos muy de grado,  
Saltan astas de las lanzas  
Con el golpe que se han dado,  
No se hacen mal alguno  
Porque van muy bien armados.  
Don Diego dió en la cabeza  
A Pedrarias desdichado,  
Cortárale todo el yelmo  
Con un pedazo del casco;  
Desde se vido herido  
Pedrarias y lastimado,  
Abrazárase á las cines  
Y al pescuezo del caballo:  
Sacó esfuerzo de flaqueza,  
Aunque estaba mal llagado:  
Quiso ferir á don Diego,  
Mas acertó en el caballo,  
Que la sangre que corria  
La vista le habia quitado:  
Cayó muerto prestamente  
Pedrarias el castellano.  
Don Diego que vido aquesto  
Toma la vara en la mano,  
Dijo á voces: — ¡Ah Zamora!  
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?  
Envía el hijo segundo  
Que el primero ya es finado. —  
Envió el hijo segundo  
Que Diego Arias es llamado.  
Tornára á salir don Diego  
Con armas y otro caballo,  
Y dírale fin á aquesto  
Como al primero le ha dado:  
El conde viendo á sus hijos  
Que los dos le han ya faltado,  
Quiso enviar al tercero,  
Aunque con temor doblado:  
Llorando de los sus ojos  
Dijo: — Ve, mi hijo amado,  
Haz como buen caballero  
Lo que tú eres obligado:  
Pues sustentas la verdad,  
De Dios serás ayudado,  
Venga las muertes sin culpa  
Que han pasado tus hermanos. —  
Hernán D'arias, el tercero,  
Al palenque habia llegado,

(1) Al mismo asunto hay uno en los romances de Sepúlveda, que empieza así: « De la cobdicia que es mala. »

(1) Este romance está unido al anterior en el Cancionero de Romances, pero en el Roman-  
cero del Cid está separado y forma uno por sí solo.

Mucho mal quiere a don Diego,  
 Mucho mal y mucho daño.  
 Alzó la mano con saña,  
 Un gran golpe le había dado,  
 Mal herido le ha en el hombro,  
 En el hombro y en el brazo.  
 Don Diego con el su estoque  
 Le hiriera muy de su grado,  
 Hirieralo en la cabeza,  
 En el casco le ha tocado.  
 Recudió el hijo tercero  
 Con un gran golpe al caballo,  
 Que hizo ir a don Diego  
 Huyendo por todo el campo.  
 Así quedó esta batalla  
 Sin quedar averiguado  
 Cuáles son los vencedores,  
 Los de Zamora ó del campo.  
 Quisiera volver don Diego  
 A la batalla de grado,  
 Mas no quisieron los fieles,  
 Licencia no le han dado.

## viii. — (Anónimo.)

Ante los nobles y el vulgo  
 Dese pueblo zamorano  
 Hablando con Diego Ordoñez  
 Está el viejo Arias Gonzalo.  
 En las palabras que dice  
 Con pecho feroz y airado  
 Arias demuestra su enojo,  
 Y Ordoñez su pecho hidalgo.  
 — Cobarde, el viejo le dice,  
 Animoso con muchachos,  
 Pero con hombres de barba  
 Tímido cual liebre al galgo;  
 Si yo a batalla saliera  
 No vivierades ufano,  
 Ni trajera por mis hijos  
 Aqueste capuz cerrado,  
 Que por vos el de Vivar  
 Le trajera cual le trago,  
 Siendo la menor hazaña  
 Que se apicára a mi brazo,  
 Pues bien sé que sois, Ordoñez,  
 Mas arrogante que bravo,  
 Y sabéis que en todo tiempo  
 Obro mas de lo que hablo,  
 Y con aquesto sabéis  
 Que por miedo el rey don Sancho  
 Estorbó que los tres condes  
 No entraran conmigo en campo,  
 Contando mis valentías  
 Cuando dijo al zamorano:  
 « Mete hierro y saca sangre  
 Y espolea ese caballo; »  
 Y cuando maté a los dos,

Por el que se fué escapando  
 Cual si yo fuera el vencido  
 Quedé mi fuera mesando;  
 Y tambien como los condes,  
 Porque fueron tan osados,  
 Del encuentro de mi lanza  
 Volaron de los caballos,  
 A cuya causa las damas  
 Bajaron de los andamios,  
 Y a competencia mi cuello  
 Enlazaron con sus brazos,  
 Por los que dieran mancebos  
 Sus tiernos y verdes años,  
 Movidos solo de envidia  
 De los deste viejo cano.  
 Tambien tendredes memoria  
 De cuando con diez paganos  
 Tuve solo escaramuza  
 Dando de diez, nueve al campo;  
 Y con aquesta noticia  
 De cuando vencí a Albenzaidos,  
 Sufiendo de industria a pié  
 Y el diestro moro a caballo,  
 Cuando le dejé la vida  
 Porque dijo: « Arias Gonzalo,  
 Mas vale ser tu vencido  
 Que ser vencedor de un campo. »  
 Y otros hechos valerosos  
 Que el mundo dice y yo callo,  
 Porque en infinito tiempo  
 No hay tiempo para contallo.  
 Porque de pavor no mueras  
 Aqueste estoque no arranco,  
 Que está de un millon de muertos  
 Boto y de sangre esmaltado.  
 Estas honrosas hazañas  
 Por tu infamia y mi honor saco;  
 Las tuyas son que mataste  
 Un rapaz y otro muchacho.—  
 El cortés don Diego Ordoñez  
 Templóse de cortesano,  
 Respondiendo a voces altas,  
 Con órgano humilde y bajo;  
 Y con el rostro risueño,  
 Un poco torcido el brazo,  
 De codo sobre la espada,  
 Y el rostro sobre la mano,  
 Le dice: — Aquesas proezas  
 Y esos hechos soberanos,  
 El cielo y tu buena suerte  
 Se las concedió a tu brazo:  
 En tu causa soy testigo,  
 Y por serlo en razon valgo,  
 Y tú en las mias no vales  
 Por testigo apasionado,  
 Y aunque puedo referirte  
 Valentías y hechos raros  
 Que casi imitan los tuyos,

Aunque a los tuyos agravio,  
 Solo diré por honrarme  
 Con lo que me has deshonrado,  
 Que les di muerte a dos hijos  
 Del que ha sido tan honrado  
 Que se ha atrevido a venir  
 Al real de su contrario.  
 Repórtate, Gonzalo Arias,  
 Repórtate, Arias Gonzalo.—  
 El viejo que ya tenia  
 El corazon desfogado,  
 Conoció haber emprendido  
 Un hecho muy temerario;  
 Desto y del valor de Ordoñez  
 Viéndose tan obligado,  
 Profesando su amistad  
 Le pide la amiga mano.  
 Pióla don Diego de Lara  
 Con un semblante gallardo,  
 Y tras darla, el uno al otro  
 Enreda y cruza los brazos.  
 Celebran las amistades  
 Todos y el Cid castellano,  
 Y con esto dió la vuelta  
 A Zamora Arias Gonzalo.

## ix. — (Anónimo.) (1)

Sembrado está el duro suelo  
 De la sangre zamorana  
 De los tres hijos queridos  
 Del buen viejo Gonzalo Arias:  
 Sembrado está el duro suelo  
 De las piezas de las armas,  
 Y del batir de los golpes  
 Surcada la empalizada.  
 Rodrigo Arias queda muerto  
 En medio de la estacada,  
 Y su caballo a don Diego  
 Sacó fuera de la raya,  
 Y aun el animoso Ordoñez  
 Volver quiere a la batalla  
 Para lidiar con los dos  
 Que por vencer le quedaban.  
 El viejo Arias armado  
 Furioso empuña la lanza,  
 Que quiere vengar con ella  
 Tanta sangre derramada.  
 Con la voz ronca y horrible  
 Por medio de todos pasa,

Y al matador de sus hijos  
 Dice airado estas palabras:  
 — Pues la sangre, ardiente jóven,  
 Crudo lobo, no te harta,  
 Mata tu sed con la mia,  
 De un viejo que te desama,  
 Que yo beberé la tuya  
 Con que mitigue mi saña,  
 Y acompañaré mis hijos  
 En la muerte por su patria.

## x. — (Anónimo.)

Por aquel postigo viejo  
 Que nunca fuera cerrado  
 Vi veoir pendon hermejo  
 Con trecientos de a caballo:  
 En medio de los trecientos  
 Viene un monumento armado,  
 Y dentro del monumento  
 Viene un ataud de palo,  
 Y dentro del ataud  
 Venia un cuerpo finado  
 Qu'era el de Fernando D'arias,  
 El hijo de Arias Gonzalo.  
 Llorábanle cien doncellas,  
 Todas ciento hijosdalgo,  
 Todas eran sus parientas  
 En tercero y cuarto grado,  
 Las unas le dicen primo,  
 Otras le llaman hermano,  
 Las otras decian tio,  
 Otras lo llaman cuñado,  
 Sobre todas lo lloraba  
 Aquesa Urraca Hernando.  
 ¡ Y cuán bien que las consuela  
 Ese viejo Arias Gonzalo!  
 — ¿ Porqué llorais, mis doncellas?  
 ¿ Porqué haceis tan grande llanto  
 No lloréis así, señoras,  
 Que no es para llorallo,  
 Que si un hijo me han muerto  
 Aquí me quedaban cuatro;  
 No murió por las tabernas  
 Ni a las tablas jugando,  
 Mas murió sobre Zamora  
 Vuestra honra bien guardando:  
 Murió como caballero  
 Con sus armas peleando.

(1) El mismo asunto que el del anterior.